

TEMPLO HERMANA TERESA

“La luz”

19/10/2024



“La luz”

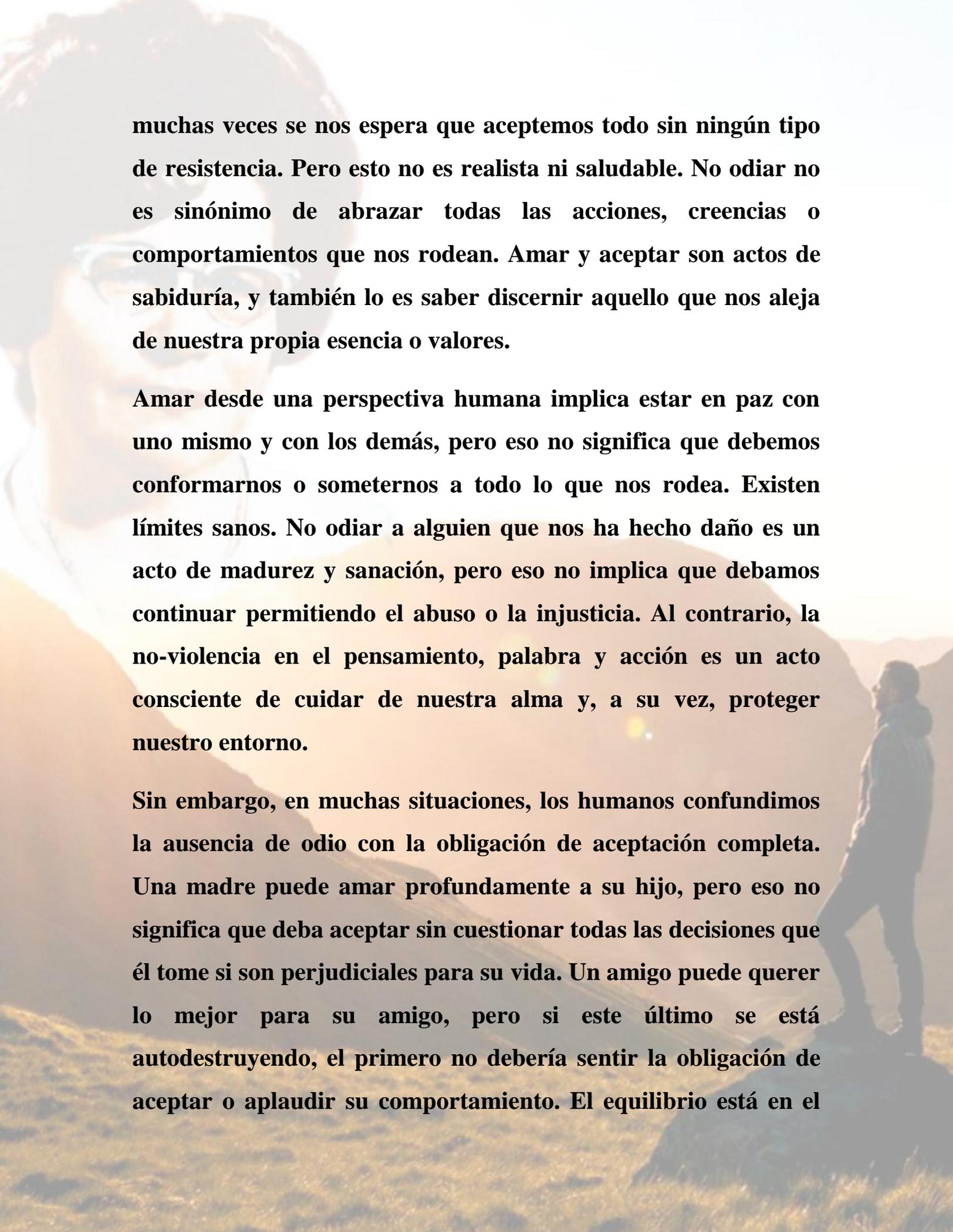
Queridos hermanos y hermanas

En esta Ceremonia de hoy queremos reflexionar con ustedes respecto a una frase muy interesante que Carlos nos ha compartido.

La frase dice: *“Que no odies no quiere decir que quieras todo. Se luz, y a los que les molesta, se taparan los ojos.”*

Desde una perspectiva humana y de Fe, la naturaleza del amor y del odio, así como la capacidad de ser luz en un mundo a menudo lleno de oscuridad, son temas que invitan a la reflexión profunda. Amar no significa aceptar todo sin discernimiento, y no odiar no implica someterse a todas las circunstancias. Al mismo tiempo, cuando alguien decide ser una luz en medio de la oscuridad, inevitablemente enfrentará resistencia. Algunos, perturbados por esa luz, preferirán taparse los ojos antes de enfrentarse a la verdad que ilumina. Estas palabras que hoy les compartimos intentan abordar ambos aspectos, conectando la experiencia humana con una visión de Fe, y concluyendo con una historia que ejemplifica estos principios.

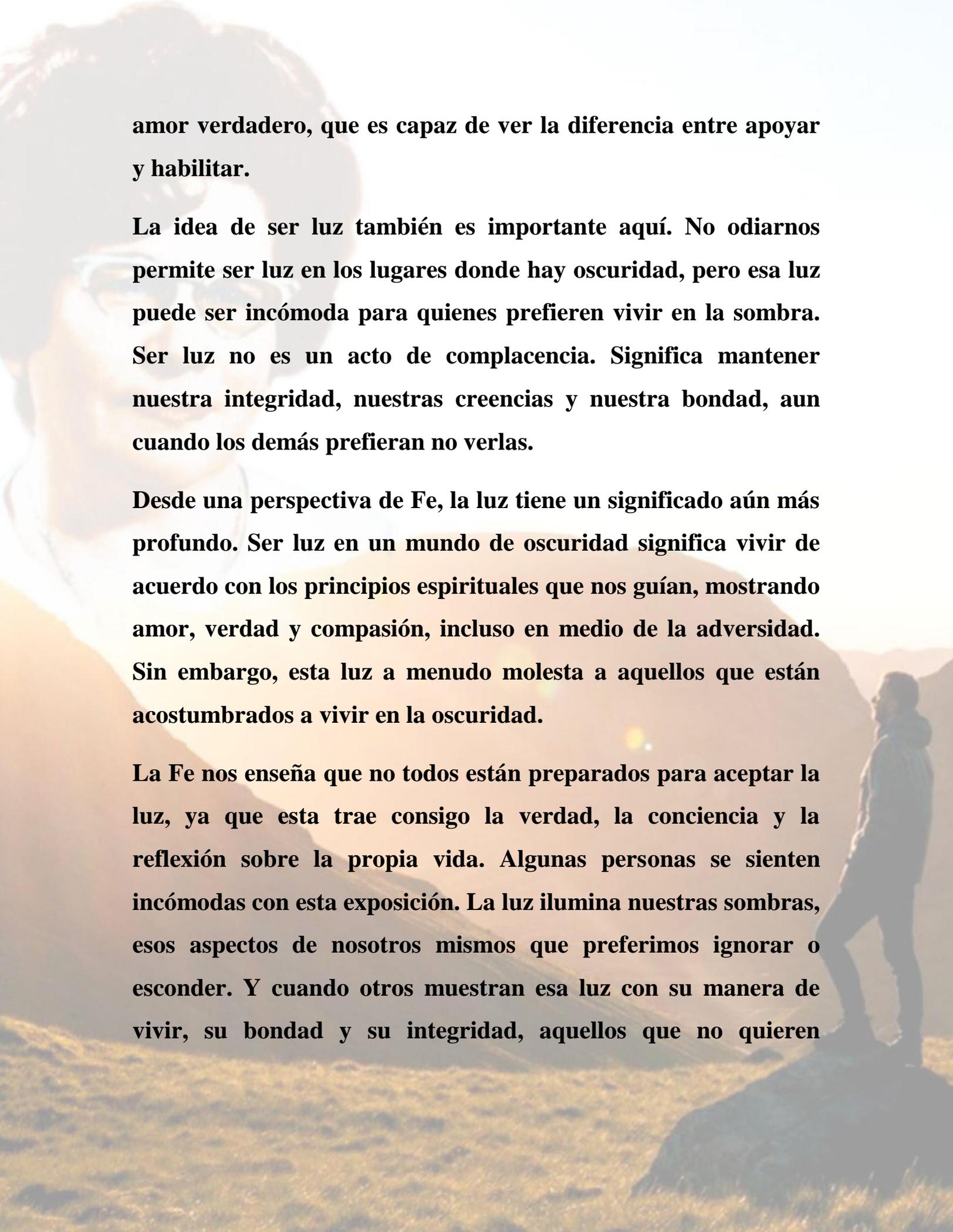
En nuestra vida cotidiana, podemos encontrarnos con una confusión común: el hecho de que al no odiar a alguien o algo,



muchas veces se nos espera que aceptemos todo sin ningún tipo de resistencia. Pero esto no es realista ni saludable. No odiar no es sinónimo de abrazar todas las acciones, creencias o comportamientos que nos rodean. Amar y aceptar son actos de sabiduría, y también lo es saber discernir aquello que nos aleja de nuestra propia esencia o valores.

Amar desde una perspectiva humana implica estar en paz con uno mismo y con los demás, pero eso no significa que debemos conformarnos o someternos a todo lo que nos rodea. Existen límites sanos. No odiar a alguien que nos ha hecho daño es un acto de madurez y sanación, pero eso no implica que debemos continuar permitiendo el abuso o la injusticia. Al contrario, la no-violencia en el pensamiento, palabra y acción es un acto consciente de cuidar de nuestra alma y, a su vez, proteger nuestro entorno.

Sin embargo, en muchas situaciones, los humanos confundimos la ausencia de odio con la obligación de aceptación completa. Una madre puede amar profundamente a su hijo, pero eso no significa que deba aceptar sin cuestionar todas las decisiones que él tome si son perjudiciales para su vida. Un amigo puede querer lo mejor para su amigo, pero si este último se está autodestruyendo, el primero no debería sentir la obligación de aceptar o aplaudir su comportamiento. El equilibrio está en el

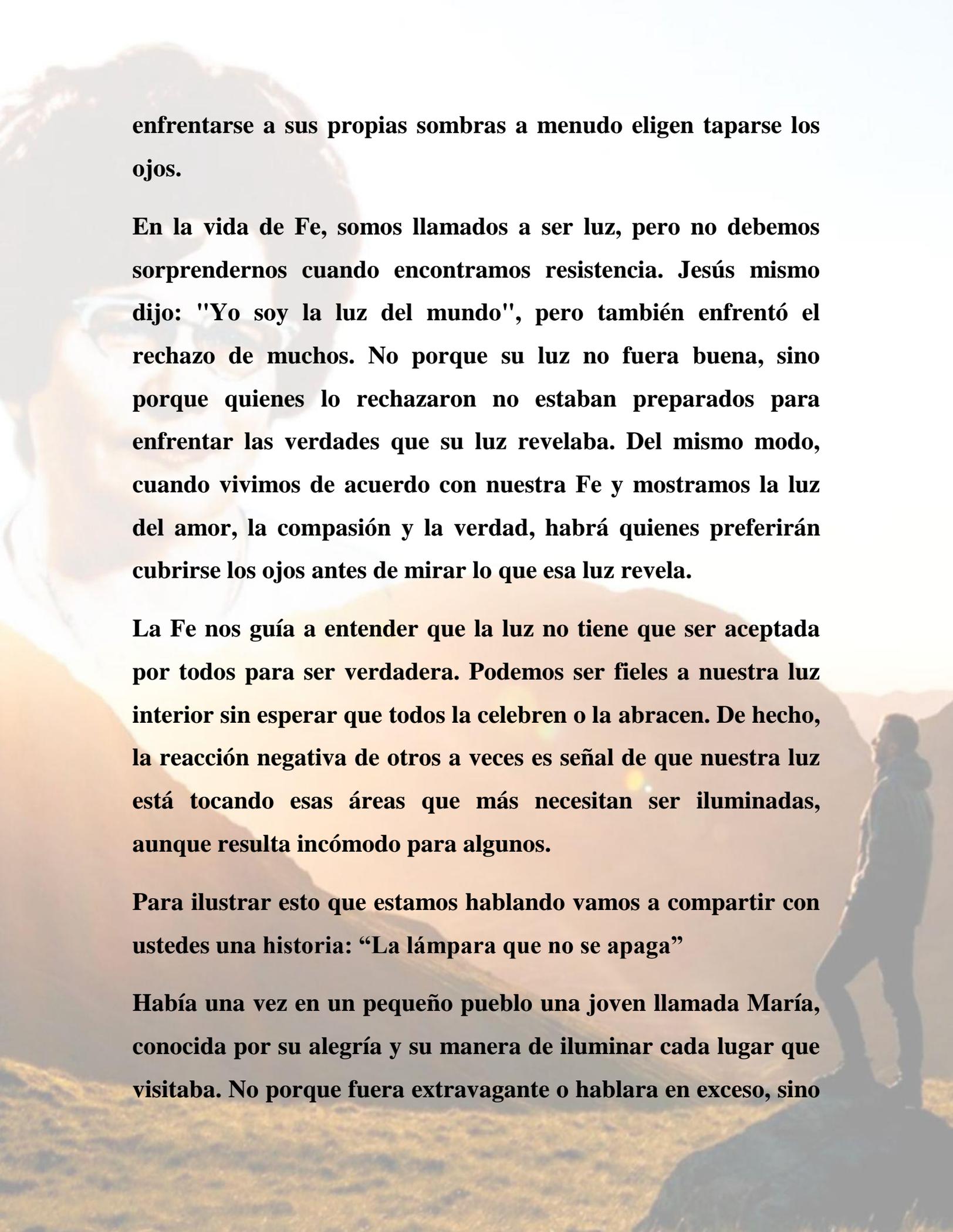


amor verdadero, que es capaz de ver la diferencia entre apoyar y habilitar.

La idea de ser luz también es importante aquí. No odiarnos permite ser luz en los lugares donde hay oscuridad, pero esa luz puede ser incómoda para quienes prefieren vivir en la sombra. Ser luz no es un acto de complacencia. Significa mantener nuestra integridad, nuestras creencias y nuestra bondad, aun cuando los demás prefieran no verlas.

Desde una perspectiva de Fe, la luz tiene un significado aún más profundo. Ser luz en un mundo de oscuridad significa vivir de acuerdo con los principios espirituales que nos guían, mostrando amor, verdad y compasión, incluso en medio de la adversidad. Sin embargo, esta luz a menudo molesta a aquellos que están acostumbrados a vivir en la oscuridad.

La Fe nos enseña que no todos están preparados para aceptar la luz, ya que esta trae consigo la verdad, la conciencia y la reflexión sobre la propia vida. Algunas personas se sienten incómodas con esta exposición. La luz ilumina nuestras sombras, esos aspectos de nosotros mismos que preferimos ignorar o esconder. Y cuando otros muestran esa luz con su manera de vivir, su bondad y su integridad, aquellos que no quieren



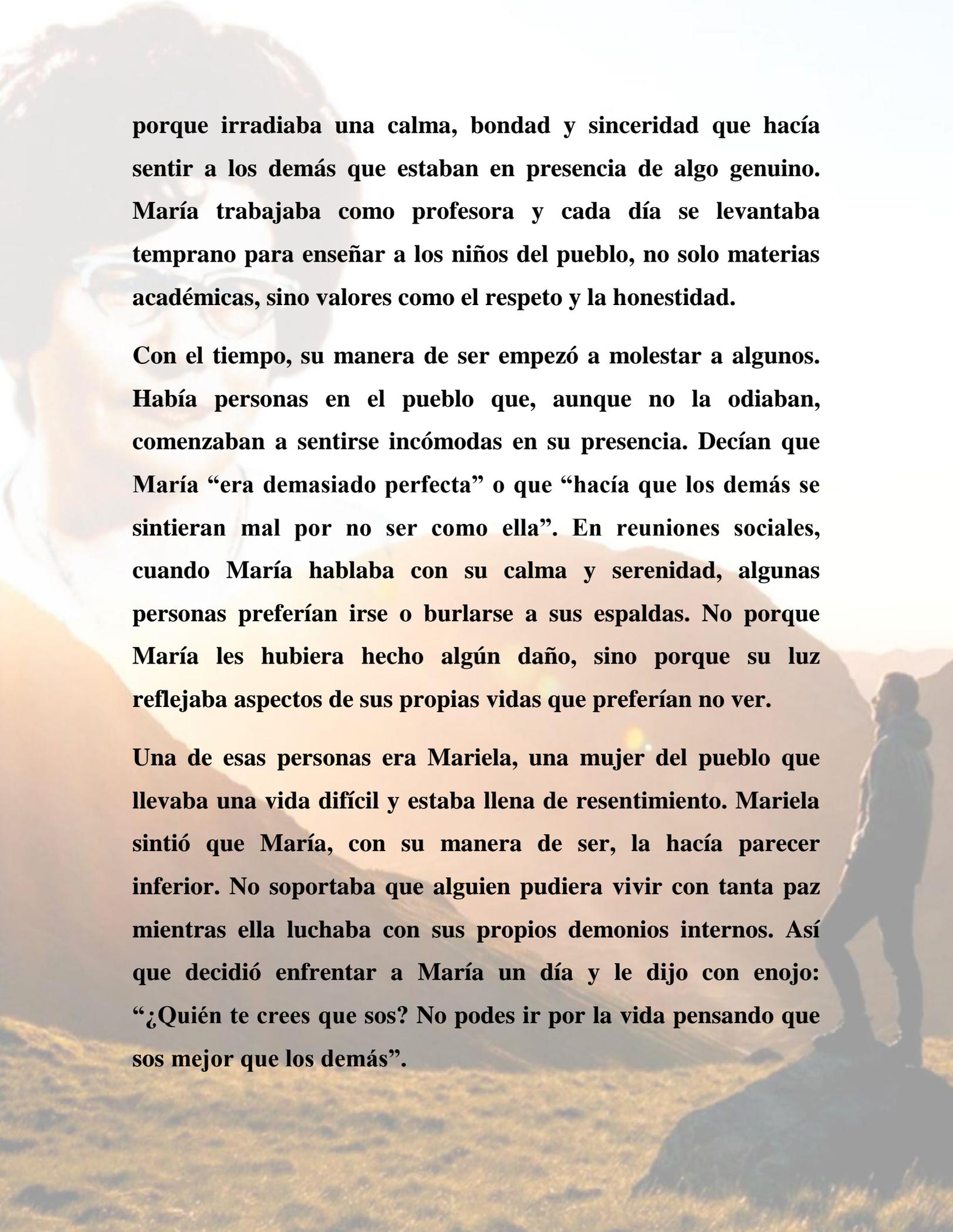
enfrentarse a sus propias sombras a menudo eligen taparse los ojos.

En la vida de Fe, somos llamados a ser luz, pero no debemos sorprendernos cuando encontramos resistencia. Jesús mismo dijo: "Yo soy la luz del mundo", pero también enfrentó el rechazo de muchos. No porque su luz no fuera buena, sino porque quienes lo rechazaron no estaban preparados para enfrentar las verdades que su luz revelaba. Del mismo modo, cuando vivimos de acuerdo con nuestra Fe y mostramos la luz del amor, la compasión y la verdad, habrá quienes preferirán cubrirse los ojos antes de mirar lo que esa luz revela.

La Fe nos guía a entender que la luz no tiene que ser aceptada por todos para ser verdadera. Podemos ser fieles a nuestra luz interior sin esperar que todos la celebren o la abracen. De hecho, la reacción negativa de otros a veces es señal de que nuestra luz está tocando esas áreas que más necesitan ser iluminadas, aunque resulta incómodo para algunos.

Para ilustrar esto que estamos hablando vamos a compartir con ustedes una historia: "La lámpara que no se apaga"

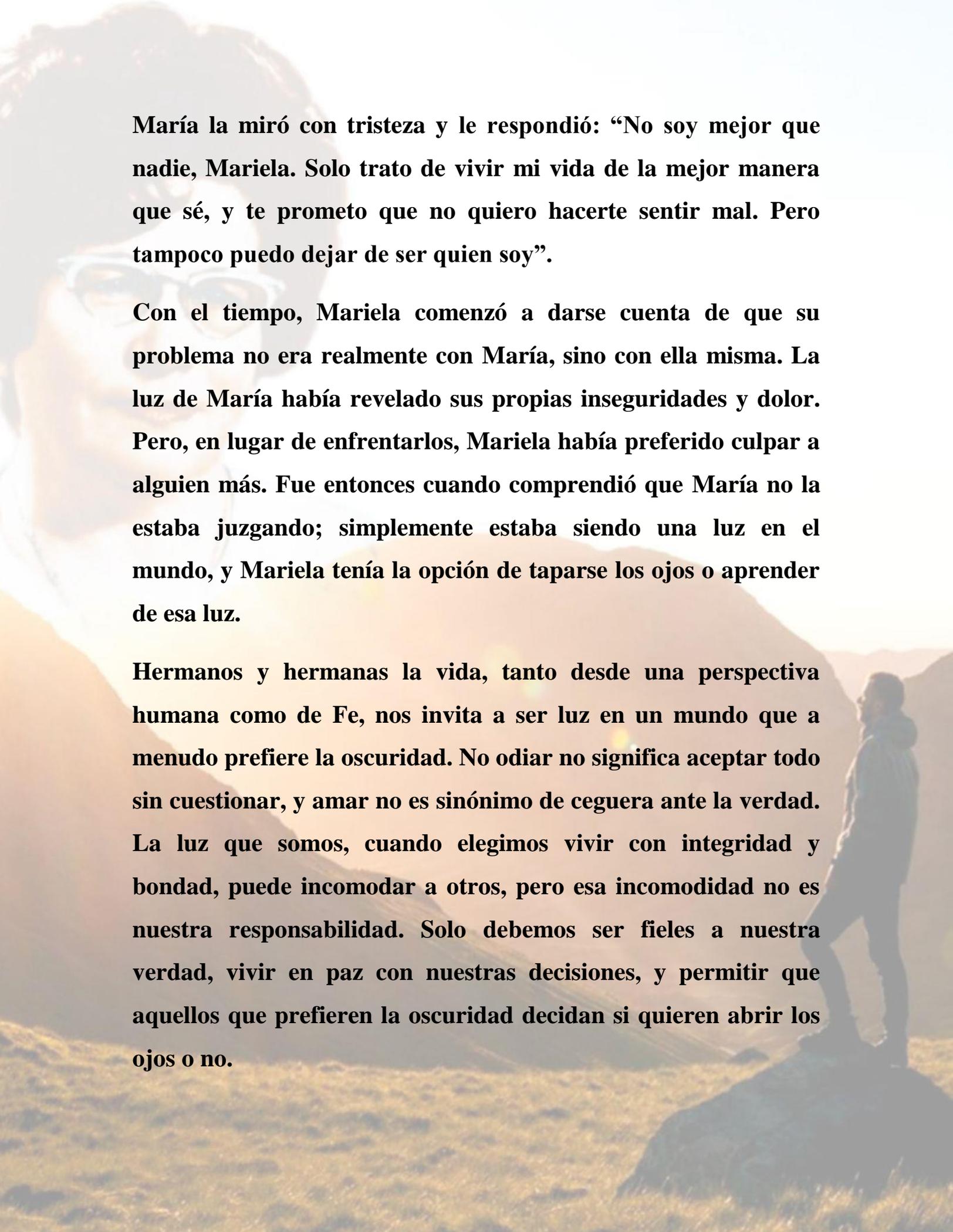
Había una vez en un pequeño pueblo una joven llamada María, conocida por su alegría y su manera de iluminar cada lugar que visitaba. No porque fuera extravagante o hablara en exceso, sino



porque irradiaba una calma, bondad y sinceridad que hacía sentir a los demás que estaban en presencia de algo genuino. María trabajaba como profesora y cada día se levantaba temprano para enseñar a los niños del pueblo, no solo materias académicas, sino valores como el respeto y la honestidad.

Con el tiempo, su manera de ser empezó a molestar a algunos. Había personas en el pueblo que, aunque no la odiaban, comenzaban a sentirse incómodas en su presencia. Decían que María “era demasiado perfecta” o que “hacía que los demás se sintieran mal por no ser como ella”. En reuniones sociales, cuando María hablaba con su calma y serenidad, algunas personas preferían irse o burlarse a sus espaldas. No porque María les hubiera hecho algún daño, sino porque su luz reflejaba aspectos de sus propias vidas que preferían no ver.

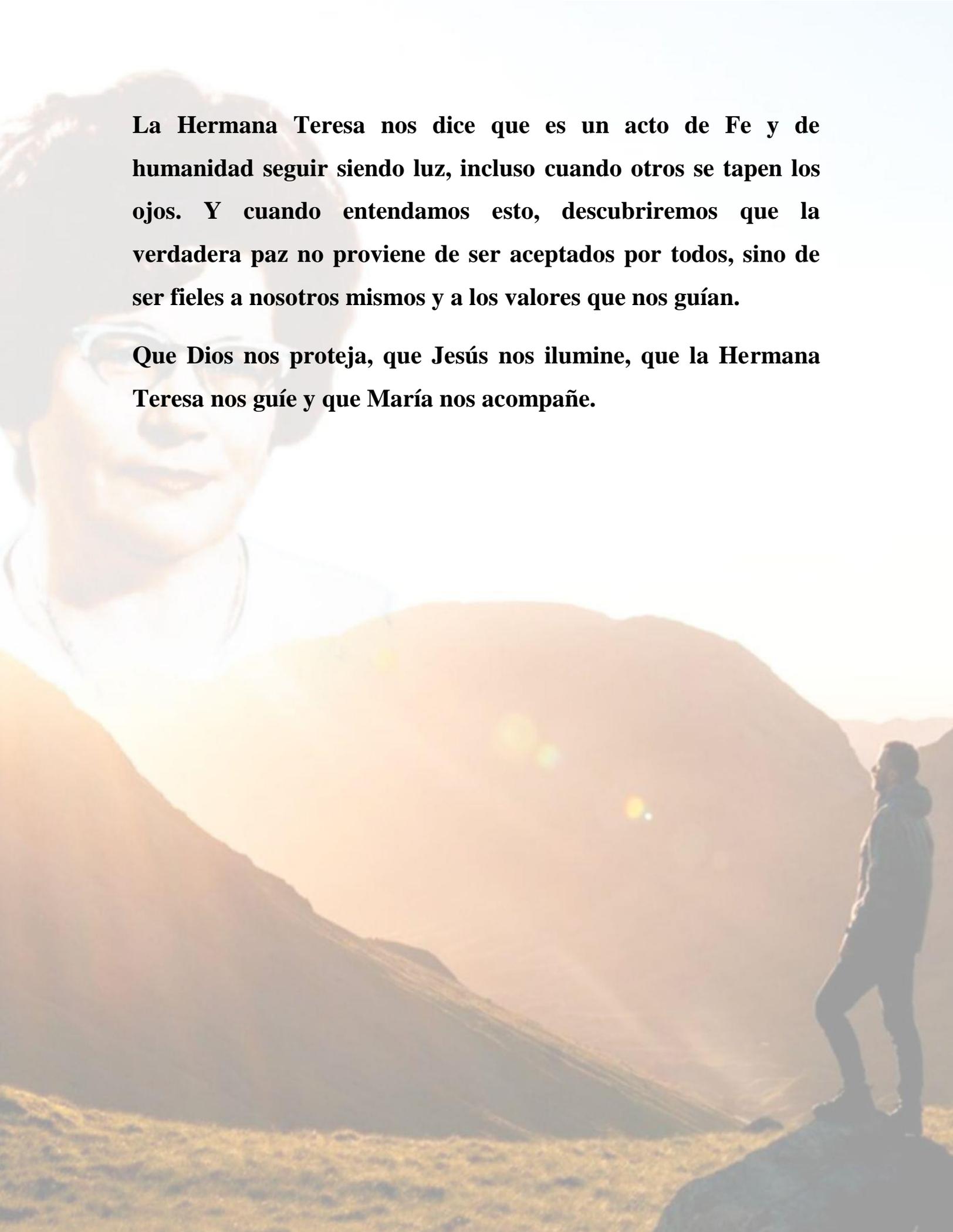
Una de esas personas era Mariela, una mujer del pueblo que llevaba una vida difícil y estaba llena de resentimiento. Mariela sintió que María, con su manera de ser, la hacía parecer inferior. No soportaba que alguien pudiera vivir con tanta paz mientras ella luchaba con sus propios demonios internos. Así que decidió enfrentar a María un día y le dijo con enojo: “¿Quién te crees que sos? No puedes ir por la vida pensando que sos mejor que los demás”.



María la miró con tristeza y le respondió: “No soy mejor que nadie, Mariela. Solo trato de vivir mi vida de la mejor manera que sé, y te prometo que no quiero hacerte sentir mal. Pero tampoco puedo dejar de ser quien soy”.

Con el tiempo, Mariela comenzó a darse cuenta de que su problema no era realmente con María, sino con ella misma. La luz de María había revelado sus propias inseguridades y dolor. Pero, en lugar de enfrentarlos, Mariela había preferido culpar a alguien más. Fue entonces cuando comprendió que María no la estaba juzgando; simplemente estaba siendo una luz en el mundo, y Mariela tenía la opción de taparse los ojos o aprender de esa luz.

Hermanos y hermanas la vida, tanto desde una perspectiva humana como de Fe, nos invita a ser luz en un mundo que a menudo prefiere la oscuridad. No odiar no significa aceptar todo sin cuestionar, y amar no es sinónimo de ceguera ante la verdad. La luz que somos, cuando elegimos vivir con integridad y bondad, puede incomodar a otros, pero esa incomodidad no es nuestra responsabilidad. Solo debemos ser fieles a nuestra verdad, vivir en paz con nuestras decisiones, y permitir que aquellos que prefieren la oscuridad decidan si quieren abrir los ojos o no.



La Hermana Teresa nos dice que es un acto de Fe y de humanidad seguir siendo luz, incluso cuando otros se tapen los ojos. Y cuando entendamos esto, descubriremos que la verdadera paz no proviene de ser aceptados por todos, sino de ser fieles a nosotros mismos y a los valores que nos guían.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.